

La reorganización de la derecha fascista

La derecha radical se inquieta en Francia tanto por el crecimiento de la unión de la izquierda como por la experiencia de la derecha reformista en el poder. Los grupos fascistas o fascizantes apenas tienen necesidad de distinguir entre la actuación del régimen y los programas de la oposición: si estos últimos suponen, pura y simplemente, la entrega del país en manos del comunismo, aquél esta suponiendo ya un deslizamiento continuo y veloz hacia el caos. Xenófobos, protestan contra la presencia en Francia de trabajadores extranjeros —la "inmigración salvaje"—; racistas, contra la abundancia, entre éstos, de norteafricanos, si bien las "pieles del Sur"—italianos, portugueses, españoles— les parecen igualmente desagradables. Los temas del aborto y contraceptivos, en que el gobierno Giscard se ha hecho más permisivo que el de Pompidou, les sirven esencialmente para entrar en contacto con otra derecha más moderada, pero a la que repugna esta tolerancia sexual, el exceso de pornografía y lo que consideran como ataques a la familia tradicional francesa. Buscan también una aproximación a la "mayoría silenciosa" por una condena repetida y llamativa de las huelgas, como antesala de una toma del poder por los rojos y por lo que consideran la entrega del gobierno a los grupos sociales proletarios.

El esfuerzo máximo para reunir a todos los movimientos de extrema derecha en un solo partido nacionalista lo está haciendo el semanario "Minute": las fuerzas principales proceden del movimiento Orden Nuevo, que fue disuelto por orden gubernamental (Pompidou) en 1973. Una gran parte de los militantes de la organización fascista fuera de la ley se sumaron al Frente Nacional. Jean-Marie Le Pen, secretario general: Le Pen hizo sus primeras armas de combate en lo que llegó a ser una gran asociación nacional, el movimiento de clase media de Poujade. Un movimiento formado principalmente por pequeños comerciantes perjudicados por la concentración comercial, aplastados entre el capitalismo en auge y el proletariado. Le Pen, con su etiqueta de estudiante, suministraba a aquella fuerza el carácter "intelectual" que le faltaba (y le siguió faltando) y la juventud de que carecía. Pero voló por su cuenta más tarde, el Frente Nacional le sirvió de plataforma, y llegó a ser candidato a la presi-

dencia de la República (en las últimas elecciones presidenciales, su porcentaje se midió en decimales, pero sirvió para saber que unas decenas de miles de franceses elegían el fascismo). Otra parte de militantes de Orden Nuevo formaron los grupos Faire Front! para continuar legalmente la vida ilegal de Orden Nuevo: a ellos se les ha atribuido alguna acción violenta y armada contra periódicos y grupos de la izquierda. Los círculos Defensa de Occidente, por su parte, han dado carácter teórico y doctrinal a los elementos fascistas. Estos grupos no se han entendido bien entre sí, como con otros tendentes a unos mismos fines, tal el Grupo de Unión y de Defensa, de origen estudiantil —principalmente de la Facultad de Derecho— y el GAJ, o Groupe Section Jeunesse, con su lema "Sólo la fuerza compensa". Una parte de la culpa del mal entendimiento de las fuerzas de extrema derecha lo tuvo la campaña de las elecciones presidenciales: mientras unos entendían que había que apoyar la candidatura de Le Pen, otros —principalmente los procedentes de Orden Nuevo— se pronunciaban por Giscard d'Estaing. "Sin ilusión y sin adhesión política", pero para cerrar el paso al "frente rojo" de la unión de las izquierdas.

Son estos dirigentes de la organización disuelta Orden Nuevo los que intentarían ahora la constitución de un "partido nacionalista" en el que agrupar a todas las de-

rechas descontentas y hacer frente con ellas al porvenir. Según un documento interno de este frente nacional, que dirige, al parecer, François Brigneau, redactor-jefe de "Minute", la estrategia estará en actuar en el terreno en el que la sensibilidad de la derecha no extremista es semejante a la suya, y la consigna sería "trabajar en dirección del electorado de derecha, decepcionado por los aspectos liberales y progresistas de la política de Giscard. La victoria de Giscard nos ha concedido una tregua para prepararnos a un enfrentamiento inevitable con las fuerzas de izquierda". El partido nacionalista deberá aparecer co-

mo un partido que acepta por el momento el régimen de partidos y de la democracia: "Los valores democráticos obtienen un consenso universal; nadie se atreve a atacarlos de frente, y debemos tener esto en cuenta". Sería un partido de dirigentes escogidos más que de militantes, porque la noción de militante "da una idea errónea de la toma del poder, la del golpe de fuerza insurreccional, que encuentra sus orígenes en la manera cómo la extrema derecha ha adoptado el leninismo". Los dirigentes del aún no nacido partido nacionalista están multiplicando las reuniones para convocar un congreso que sería fundacional.

ITALIA

La larga crisis

El Presidente de la República de Italia ha comenzado el lunes de esta semana nuevas consultas para encontrar la manera de resolver la crisis de gobierno: Fanfani renunció el fin de semana a sus esfuerzos de reconstruir un gobierno de coalición. Esto es, de formar con las ruinas del gobierno anterior un gobierno que tuviera aspecto de nuevo. El martes de la semana pasada, Fanfani dirigió una carta a los cuatro partidos de la coalición (demócratas cristianos —su propio partido—, socialistas, social-demócratas y republicanos) con una frase ligeramente humorística: «Esta correspondencia va a ser interrumpida; ya no me quedan sellos». Los partidos han deliberado entre sí, se han consultado o han confrontado sus propias diferencias; tres han contestado positivamente, pero el cuarto, precisa-

mente el socialista, ha respondido con la negativa. Y sin partido socialista no hay coalición. Las posibilidades de formar un gobierno dominado por la democracia cristiana no existían, al menos para Amintore Fanfani, y éste ha renunciado definitivamente.

Entre las posibilidades que se ofrecen ahora al Presidente de la República, una de ellas es la de disolver la Asamblea y convocar elecciones generales. Ningún partido, en realidad, las desea. El partido comunista, que es el que más favorecido podría salir de esta consulta electoral, como consecuencia de las tensiones sociales y por su propia fuerza de atracción (en las elecciones de los últimos años aparece como el segundo partido del país, con un 30 por 100 casi permanente de los votos; el primer partido es la democracia cristiana, con un 38



Fanfani ha fracasado en sus intentos de continuar con la fórmula del centro-izquierda.

por 100 de media), ha anunciado ya que no desea tales elecciones en tanto se perpetúe el actual sistema electoral, que no le permite tener el número de diputados que le correspondería según el voto popular, y que le segrega permanentemente del gobierno. Lo que pretende en la actualidad el partido comunista es que la situación del país es tan difícil, incluso tan dramática —una crisis económica que se agudiza, la mayor inflación de Occidente, el crecimiento del poder sindical, la existencia de complotos y del terrorismo de la extrema derecha—, que debe formarse no un gobierno centro-izquierda, o de coalición minoritaria, sino un auténtico gobierno de unión nacional, o de salvación nacional, incluyendo miembros de todos los partidos y, naturalmente, del suyo. Es lo que se llama «alianza histórica». Esta es otra de las opciones que tiene ante sí el Presidente de la República, pero se duda mucho de que encuentre un jefe de gobierno dispuesto a llevarlo a cabo, y, desde luego, que la democracia cristiana acepte colaborar con los comunistas, que tendrían que tener un par de ministros en semejante gabinete.

Sin embargo, todo el problema está en que desde hace años los gobiernos ya no son representativos en Italia de la opinión pública, y que la democracia cristiana ha perdido finalmente su larga partida. El falseamiento de la etiqueta centro-izquierda es patente ya: la democracia cristiana en Italia no es un centro, sino una derecha, y la izquierda socialista está lejos de colmar las necesidades de la verdadera izquierda para mantener los preceptos a que la obliga la coalición. La democracia cristiana gobierna así desde hace más de treinta años (desde 1943); ella ha construido el edificio político, es la autora del sistema, y, sin embargo, ni sabe habitar ese edificio ni manejar ese sistema. Su hora está sonando ya. Los últimos gobiernos no han gobernado: el poder en Italia lo están teniendo los sindicatos, las autoridades locales y regionales (que en el Norte son de predominio comunista, y en el Sur están bajo el poder de la Mafia). Los gobiernos caen al ritmo de uno por cada año y cuarenta días (36 gobiernos desde 1943), y se suceden a sí mismos con los mismos elementos que se han mostrado ya inútiles, pero que dominan el parlamento. En algunas ciudades se ha puesto en práctica el gobierno de «alianza histórica», como en Bolonia, donde un alcalde comunista gobierna con concejales de todos los partidos; se dice que Bolonia es la ciudad mejor administrada del país.



Los símbolos del depuesto régimen de los coroneles son quemados públicamente en las calles de Atenas.

GRECIA

Cárceles y elecciones

Las elecciones generales van a celebrarse en Grecia dentro de unos días —el 17 de noviembre—; la decisión de detener y deportar a una isla en el mar Egeo —proxima a la isla de Yaris, tristemente célebre por servir de prisión y de centro de tortura a los griegos antifascistas— a algunas personalidades del régimen depuesto parece una concesión mayor a la opinión pública con vistas a las elecciones. Caramanlis estaba acusado de permitir no sólo la libertad, sino también actividades políticas a los políticos del antiguo régimen. Desde la izquierda se decía que todo el cambio no era más que aparente, producto de un juego y de un pacto: con objeto de volver a ocupar un lugar en el Consejo de Europa y de poder participar en el Mercado Común, y para cubrir con un cierto manto su derrota en Chipre, los militares de la Junta habrían pactado con Caramanlis para que éste asumiera los poderes y formase un gobierno civil, juego que debe continuar con las elecciones del día 17 de noviembre. La totalidad de los partidos de la izquierda se han opuesto firmemente a la celebración de estas elecciones generales en fecha tan próxima: requerían un tiempo para que sus partidos, diezmados por la represión

y víctimas todavía de la propaganda de los años anteriores —no sólo los de la Junta— pudieran ofrecer plataformas políticas a la nación, reorganizarse y por realizar su propia propaganda. Pedían también una modificación del sistema electoral, puesto que estas elecciones van a hacerse con el que estaba en funcionamiento inmediatamente antes de la Junta, y que estaba ya dispuesto para que la izquierda no pudiese gobernar, y una nueva ley de administración local y regional: en la actualidad, siempre según la izquierda, las zonas rurales están dominadas por un caciquismo y unos funcionarios nombrados por el poder central (en lugar de por alcaldes y municipios de elección popular), que van a inclinar las elecciones en el sentido que desee el actual gobierno. Es decir, Caramanlis. No han sido escuchados. Las elecciones se han convocado sin modificar ni el sistema electoral ni la administración local, y parece que el triunfo de Caramanlis y de los partidos de derecha está asegurado ya.

La amenaza que más preocupa a Caramanlis era la de su posible complicidad, o su acuerdo secreto, con los miembros de la Junta depuesta. La detención de algunos de éstos es, por lo tanto,

una baza electoral. El principal de los detenidos es Papadopoulos, uno de los coroneles de 1967, nombrado general y Jefe de Estado. Otro famoso coronel de 1967, Patalos, figura también entre los detenidos, con su compañero de vicepresidencia de la República, Makarekos; con el ex ministro Ioannis Ladas y con el que fue jefe de los servicios especiales (información y espionaje) del Ejército, el general (retirado) Rufogalis. A Papadopoulos no solamente se le acusa de sus actividades pasadas como Jefe de Estado, sino también de la represión sangrienta contra los estudiantes de la Politécnica de Atenas de hace un año (esta represión es ahora objeto de un proceso contra otras 24 personalidades, la mayor parte de ellas, militares, policías y miembros de la gendarmería; el antiguo "hombre fuerte" Ioannis sería el principal acusado) y de mantener en la actualidad actividades de conspiración contra el gobierno de los civiles.

Las elecciones son la última formalidad que espera el Consejo de Europa para devolver a Grecia su puesto. Su solicitud le había sido denegada hasta tanto no se organizase democráticamente. Ahora, en una reunión celebrada a finales de octubre, el Consejo ha dispuesto que en su reunión de ministros de Asuntos Exteriores del 29 de noviembre, en París, doce días después de las elecciones, considerará que Grecia ha cumplido todos los requisitos democráticos y podrá formar parte del Consejo de Europa.